

## Luz sobre *La sima*

El pasado mes de mayo, en la librería Elkar de Iruñea, la familia Goñi-Sagardía presentaba una demanda pública de intervención en la sima de Legarrea (Gaztelu, Nafarroa), pidiendo que se recuperen los cuerpos de Juana Josefa Goñi Sagardía, embarazada de siete meses, y sus seis hijos menores de edad, que fueron arrojados allí, casi con total seguridad, el 30 de agosto de 1936. La sala escuchó estrechada el relato de los hechos que hicieron tanto Jose Mari Esparza, que presentaba el libro *La sima. ¿Qué fue de la familia Sagardía?* sobre el tema, como el forense y prologoista de la obra Paco Etxeberria, que tuvo la oportunidad de bajar a la sima hace unos meses y nos recordó que «si los familiares tienen el derecho a la memoria, nosotros tenemos el deber de memoria». Esperemos que la demanda a las instituciones navarras y el libro arrojen luz a un agujero que, con el paso de los años, se va haciendo más hondo.

## Nuevos datos sobre *La sima. ¿Qué fue de la familia Sagardía?*

Cuando en mayo publicamos la primera edición del libro ya suponíamos que el descubrimiento de esta historia por los grandes medios de comunicación iba a destapar nuevas noticias, ocultas por el tabú, los años y la dispersión de los afectados.

Así, el mismo día de la presentación conocimos a María Asun Losada, nieta mayor de Petra Goñi Sagardía, hermana mayor de Juana Josefa, la mujer que desapareció, supuestamente, en la sima Legarrea. María Asun se crió con su madre viuda y con sus abuelos, y guarda sorprendentes recuerdos de la abuela, que pueden ayudar a entender un poco más esta increíble historia. Andresa, la madre de Petra y Juana Josefa, creía en los dioses antiguos, hacía sortilegios y no iba a la iglesia. El cura de Donamaria llegó a ofrecerle dinero para que fuera a misa. Su hija mayor, Petra, siguió las mismas creencias. *Sorginkeriak*, en euskera. Brujería. María Asun recuerda perfectamente que su abuela Petra, para evitar que su marido se fuera con otras mujeres, «preparaba las brasas en el fuego, cogía una tijera abierta, recubría las cuatro partes con cinta de algodón y la echaba a las brasas. Luego esparcía sal y decía una jaculatoria en vasco. Repetía la operación varias veces y sorprendentemente la tijera no se quemaba». Es decir, nos encontramos con una familia desapegada de la moralidad y de la religiosidad imperante. ¿Cómo no pensar que Juana Josefa participaba de las mismas creencias y descreencias que su madre y hermana mayor?

Al descubrir, tardíamente para los suscriptores y lectores de la primera edición de este libro, esta nueva línea de interpretación de lo acaecido, me quedé perplejo. Habíamos dado por bueno lo de los pequeños robos de una familia necesitada, única acusa-

ción que aparecía en el sumario; habíamos añadido la lujuria desatada por una joven y bella mujer como otro de los detonantes de los hechos; sumamos a ello la locura de la guerra civil, las posibles envidias, el cuñado preso por republicano e incluso el efecto maléfico del alcohol y el plenilunio, como posible monto de razones que explicaran de alguna manera lo inexplicable. Pero nunca pensamos que tendríamos que añadir la brujería a la lista. Eso explica mejor la actitud del cura párroco. Andresa, Petra y la malograda Juana Josefa podrían ser las continuadoras de las dos mujeres de Gaztelu que en 1610 fueron acusadas de brujas por los inquisidores. Cuatro siglos más tarde, Barandiarán y Satrústegui anduvieron por esos valles recogiendo esas prácticas. Hoy día siguen existiendo sorguñas y santeras. Hace 80 años, en pleno inicio del nacionalcatolicismo, en un lugar perdido y arcaico del País del Bidasoa, unas mujeres se salían del molde oficial. ¿Fue Juana Josefa la última «bruja» vasca ajusticiada? Parece algo irracional, pero ¿caso hay algo racional en toda esta historia?



Jose Mari Esparza Zabalegi



2.<sup>a</sup>  
edición

5006062 TXALAPARTA

ENSAYO

168 pág.

Precio 16,80 €

Socios 13,44 €